



XIX Domingo durante el año.
13-VIII-2006

Textos:

I Rey.: 19,1-8.

Ef.: 4,30 – 5,2.

Jn.: 6,41-51.

“Levántate y come”.

De nuevo encontramos en el evangelio una parte del discurso en el que Jesús promete la Eucaristía a los suyos, y en la primera lectura una maravillosa imagen del Antiguo Testamento que la prefigura. El profeta Elías está a punto de desfallecer física y espiritualmente: todo lo que ha hecho le parece inútil, sólo desea la muerte. Entonces se le ofrece en medio del desierto un alimento milagroso: un pan cosido y una jarra de agua. Y este maravilloso don se le impone: debe comer, pues de lo contrario no podrá soportar el largo camino que resta hasta el monte del Señor, el Horab. “Con la fuerza de aquel alimento”, pudo caminar “durante cuarenta días y cuarenta noches”.

La figura de Elías es emblemática para el hombre contemporáneo, que vive, muchas veces un profundo cansancio existencial, que le genera una pérdida del sentido de la vida, y en el deseo de evadirse, suele emprender un camino que lo destruye.

Es una bella figura pensar la vida como camino, recorrido hacia una meta: El camino se transforma en un desierto, en un sendero hecho por la costumbre, comenzamos a ser errantes y no peregrinos cuando perdemos el sentido de la vida. Elías pierde la meta, cae en la desesperación y pierde el deseo de vivir: “Entonces se deseó la muerte y exclamó: « ¡Basta ya, Señor! ¡Quítame la vida, porque yo no valgo más que mis padres! »”. ¡Cuántos seres humanos llegan a este punto!

Cuando Elías está a punto de sucumbir, cuando cree que ha llegado el final, la comida que Dios le ofrece le hace capaz de convertir este final en un nuevo comienzo.

Nuestra época, dominada por la cultura de la muerte, es frecuente ver con que facilidad se pierde el sentido de la vida y con que inconciencia se atenta contra ella. Quizás la causa está en una exaltación del hombre a expensas de Dios, contra Dios, convirtiendo al hombre en un trozo de naturaleza que no se distingue en nada fundamental de los animales y las plantas que muchas veces parecen tener más derecho a la vida que los seres humanos.

La causa última de estos males, la decíamos el domingo pasado, está en la negación de la verdad de Dios que nos lleva a olvidar nuestra propia verdad.

Hermanos, “no se puede olvidar el nombre del Dios viviente y seguir manteniendo el propio nombre, el propio sentido de la vida y la propia trayectoria vital” (R. Guardini).

Al hombre de hoy, como a Elías, Dios le dice: ¡Levántate, come, porque todavía te queda mucho por caminar!” Dios revitalizó a Elías y se puso a caminar.

Hoy es Jesús el que le dice al hombre cansado, al que la vida se le ha tornado un camino desértico, sin rumbo ni horizonte: Levántate y come, pero no sólo un pan material, sino que se ofrece a sí mismo como “Sacramento de la peregrinación”, Cristo – Eucaristía, asume la forma ritual de pan, del alimento que se come diariamente, asume la forma del “viaticum” que alimenta en la peregrinación cotidiana, así el tiempo errante se transforma en tiempo peregrino. “Tiempo errante, es decir, que gira sobre sí mismo, sobre lo mismo; tiempo peregrino, esto es, tiempo «encaminado». La Eucaristía en pan del caminante” (P. Gera).

Hermanos, el Cuerpo de Cristo es principio de vida y de vigor: “Yo soy el pan de Vida...”, vida del hombre y vida del mundo.

Sólo fortalecidos por este alimento podremos, además, ser testigos fieles de Jesús, “mártires” en un mundo neo-pagano, “de naturaleza diversa al de la antigüedad”, que “rechaza la doctrina y el orden cristiano de la vida” (R. Guardini), que destruye la vida en el

seno materno e intente legalizar la castración de seres humanos, atentando contra los derechos humanos fundamentales, buscando ghetizar a aquellos que los defienden (transformar a los católicos en una minoría separada del resto de la sociedad).

Es vital, para vivir este nuevo “martirio blanco”, el recibir el alimento de los testigos que es el Pan de Vida, pues ¿dónde encontrar esa fuerza sino en la Eucaristía (...). La Iglesia cree que la Eucaristía es el cuerpo de Cristo y que, por serlo, da la vida. Eso es lo que asegura, a su vez, al proclamar que la Eucaristía es indispensable a los fieles que se preparan a dar su vida por Cristo (cof. S. Cipriano).

Jesús nos entrega su vida para que nosotros podamos entregar generosamente nuestra vida en bien de nuestros hermanos.

San Pablo, en la segunda lectura, saca las consecuencias del milagro eucarístico para los cristianos. Al igual que Cristo “se entregó por nosotros como oblación” por amor, así esta actitud eucarística debe convertirse en el “leitmotiv” de la vida cristiana, en la imitación del amor de Dios; y esta imitación no puede consistir sino en el amor mutuo, la misericordia y el perdón. De este modo los “hijos de queridos de Dios” se convierten los unos para los otros en una especie de “viático eucarístico” para sostener el camino de nuestros hermanos más débiles.

Es Cristo quien genera y sostiene la comunión entre nosotros pues “la comunión con Cristo, (...) nos procura la unidad con aquellos que le recibieron como nosotros” (S. Juan Damasceno).

Hermanos, al comenzar nuestra meditación, nos referimos a la vida como camino, grande es la responsabilidad de los padres, que deben enseñar a sus hijos a recorrer este camino (así se llamó al cristianismo en los comienzos), creer no es otra cosa que tener la confianza que nos asegura que el camino es viable, que el “Camino”, Jesús, nos lleva a esa inefable experiencia de Dios que todos deseamos -“Nadie ha visto nunca al Padre, sino el que viene de Dios”- Sólo por Cristo llegamos a Dios.

Pidamos al buen Dios que nos mantenga unidos a Cristo - Camino hacia Dios, camino que recorreremos en comunión con los hermanos, que luchemos contra el espíritu de la soberbia pues “lo primero que hay que inculcar en el espíritu es que jamás debe uno apoyarse en sí mismo” (“Camino de los Ascetas”), sino en Cristo - Eucaristía.

Amén.

G. in D.